



Releyendo a Edwards Bello... 000 157935 4394

Hijo más reprendedor de su padre no le nació a nuestro viejo Chile, satisfecho y sentado en sus prestigios...". Las palabras de Gabriela Mistral referentes a Joaquín Edwards Bello me parecieron justas y certeras al releer, hace unos días, algunas "Crónicas" de este escritor a quien se acusó, a menudo, de ausencia de profundidad y falta de verdaderas ideas, pero cuyas observaciones sobre el carácter nacional siguen siendo válidas y precisas. Hombre difícil según sus contemporáneos, desconforme perpetuo, estigmatizado por su propia clase social, punzó durante décadas la conciencia colectiva con sus artículos que provocaron resquemores diversos y en los que abordaba temas que iban desde las costumbres caseras hasta los vicios políticos, lo que no se le perdonó jamás y pagando un alto precio por ello. Muchas de esas frases resultan memorables:

- "El chileno viaja al extranjero y se lleva el conventillo con él".

- "Chile es un país de ocho millones de envidiosos. Aquí no se perdona el éxito y el regocijo por la envidia

ajena es extraordinario".

"Sí. Veo televisión. Tiene algo muy buena. Tratan bien a los ancianos. Les rinden homenaje. Pero de repente me irrita. Entrevistan a niñas y les preguntan qué leen. Responden que a Sartre, Camus, Mann, Kafka. Me dan ganas de contarles claro, con fuerza, que vayan a leer a Andersen, primero".

"El 'allegado' es una institución nacional".

Pero hay dos de esas pinceladas que me provocaron especial placer por comprobar, con frecuencia, lo exactas que son:

"El chileno tiene ojos en los dedos. No se conforma con mirar, toca, intrusea".

"Este es un país de curiosos y de impertinentes. Parece que taladrasen con la vista. No observan, escudriñan".

En el primero de los casos fui testigo de un hecho que calza con la descripción. Una señora muy elegante y con ademanes y actitudes de principal, llegó a un supermercado en busca, presumiblemente, de unas latas de conservas, ya que

lo preguntaba. Después de interrumpir a medio mundo, quejarse y sin dejar de sobajear cuanto se le puso a mano, dio vuelta la cabeza para saludar a una amiga y dejó caer una ruana de botellas, rompiendo unas cuatro o cinco. Impertérrita y luego de proclamar a gritos su propia se fue dejando a los empleados estupefactos... ¡Nadie reclamó nada...

El último de los ejemplos también se refiere a dos señoras que, al parecer, no se venían desde hace tiempo. Mientras conversaban en la calle, en mitad de la vereda y sin preocuparse de los transeúntes, iniciaron un reconocimiento mutuo que iba desde el pelo a los zapatos, sin timidez, con una fijez chocante. De pronto pasó un caballero vestido de un modo algo estrambótico y ambas cambiaron el objeto de sus pesquisas. Este, al sentirse enjuiciado, las saludó cortésmente y les dijo: "Es lo que siempre hago cuando me encuentro con personas mal educadas".

Dos notas como para Edwards Bello...

Pacián Martínez E.

61 día, Guayaquil, 18-X-1987 p. 3.

Releyendo a Edwards Bello -- [artículo] Pacián Martínez E.

Libros y documentos

AUTORÍA

Martínez E., Pacián

FECHA DE PUBLICACIÓN

1987

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Releyendo a Edwards Bello -- [artículo] Pacían Martínez E.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile